

---

**Susana Mallo**

---

**Democracia,  
ciudadanía  
y participación:  
*nuevos sujetos sociales***

SERIE PONENCIAS DEL TALLER PT 01/10

Mayo 2010

Grupo Interdisciplinario "Estado, Sociedad y Economía"  
en los siglos XX y XXI (GIESE 2021) de la Universidad



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2013

# 1. Introducción

*“Sólo por amor a los desesperados  
conservamos todavía la esperanza”*

Walter Benjamin

“Los enigmas” del siglo XX e inicios del siglo XXI han planteado a la teoría social, y también a la razón histórica, problemas que han borrado antiguos horizontes, generándose una profunda discusión sobre la vigencia de las categorías sobre las que la teoría social ha fundado sus bases (sujeto-acción, izquierda-derecha, privado-publico, absolutismo-democracia, sociedad civil-estado, etc.). Como consecuencia se han transformado los antiguos sentidos y significados. ¿Han de ser las categorías de la teoría clásica definitivamente abandonadas o se podrán resignificar a la luz del nuevo momento histórico? Más allá de la historicidad de las categorías se intentará discutir acerca de las continuidades y quiebres en las lógicas de análisis de las diversas tradiciones teóricas para analizar nuestra contemporaneidad.

Pero, ¿Qué significa pensar lo contemporáneo? Roland Barthes retomando el pensamiento de Nietzsche propone que “lo contemporáneo es lo inactual”. Contemporáneo sería entonces, el que no se deja cegar por las luces del siglo y llega a percibir en ellas su intimidad sombría.

Sin embargo, a estas definiciones de contemporaneidad como la capacidad de percibir las tinieblas provenientes de nuestro tiempo; también se suman los enfoques que proponen procesos de resistencia, emancipación y la posibilidad de devenir.

La creciente producción de las concepciones alternativas acerca de la naturaleza, el sujeto y la historia, ejercen una acción corrosiva sobre el conjunto de planteos arraigados en el saber del siglo XX. Por un lado, emerge una concepción del sujeto que se nos presenta no como

esencia sino como acontecer; el pensamiento debe rechazar toda postulación que conduzca a un fundamento, a una causa o a la noción de verdad. Por otro lado, existe el enfoque de sujeto auto-reflexivo, con capacidad de esgrimir pretensiones de verdad, volviéndose potencialmente actor en un espacio público abierto en múltiples direcciones.

Así, el problema de la racionalidad práctica, el bien común, la responsabilidad, el sentido o la historia, es decir, el debate sobre la intencionalidad colectiva, las normas, los valores y sobre todo el rol que juega el Estado y sus políticas en esta compleja maraña de tensiones, serán las discusiones centrales sobre las cuales transitaremos en este trabajo a partir de algunas discusiones claves de nuestro tiempo.

## **2. ¿Qué significa hoy ser de izquierda?**

Según Bobbio, la nueva izquierda se define como una izquierda de derechos; basada en: libertad, democracia pluralista, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y resolución de los conflictos a través de las negociaciones. (Bobbio, 1995:36)

Esta izquierda intenta resignificarse en un nuevo contexto: de una identidad construida sobre una minoría opositora, pasa a ocupar lugares de mayoría. Al decir de Zizek, “el cambio no es sustancial, sino apenas el rostro de un nuevo comienzo (...) el nuevo hecho es que la situación sea percibida por la mayoría de la población como un nuevo consenso”, lo que “abre el espacio para rearticulaciones políticas e ideológicas” (Jameson y Zizek, 1998: 181-182). Es por ello que para la izquierda la elección fundamental es que las apariencias efectivamente cuentan.

América Latina ha experimentado profundos cambios en los últimos veinte años, verificándose transformaciones en sus estructuras económicas, en sus regímenes políticos, en sus tejidos e identidades sociales, y en la propia relación entre el estado y la sociedad. En ese marco, el ajuste macroeconómico y las políticas sociales a él vincula-

das, -concretamente la liberación de los mercados; la reducción del gasto fiscal y la privatización de las empresas públicas-, dieron como resultante una total imprevisión.

Por otra parte, la globalización de los circuitos comerciales y financieros, los procesos de integración en marcha y el intenso ritmo del desarrollo tecnológico han conducido a un proceso creciente de segmentación social.

En ese contexto se sitúan los sectores de izquierda o centro izquierda, entre los cuales se observa, en varios espacios de nuestro continente, un asombroso crecimiento.

Para el Uruguay, dicho crecimiento significó, en los albores del S XXI, el ascenso al gobierno. Tomamos este término en el sentido que le da Luhman en su libro “La sociedad del riesgo”, es como uno de los componentes del código binario: gobierno/oposición.

Dicho acceso se da en un contexto muy diferencial a aquel en que los sectores de izquierda fueron construyendo sus identidades y prácticas discursivas, motivo por el cual, conjuntamente con la tarea gubernamental, van reconstruyendo sus propias identidades e, inevitablemente, sus prácticas políticas.

Esta reconstrucción no es ajena a las presiones de la Sociedad Civil, la cual, más allá de quienes ocupen los espacios de poder político, reclama una nueva forma de hacer política, entendiendo por tal los cambios en los patrones de comportamiento político tanto desde el gobierno como desde la oposición. Ese posicionamiento de la Sociedad Civil fue elemento clave, aunque no único, contra los desbordes del Estado y la política económica durante el periodo autoritario.

El capitalismo, que ha mundializado la economía, plantea problemas inéditos en los ámbitos societales. Este modelo no implica sólo un programa económico o político, es mucho más abarcativo: apunta a las esferas de lo moral y lo cultural. Mientras que el mercado se plantea así mismo como una forma de organización meramente económica, es en realidad un mecanismo cuya lógica, excluyente y exclusiva, modela las prácticas sociales en múltiples ámbitos:

“Lo que Daniel Olesker llama un modelo: "liberal, concentrador y excluyente" sobre el cual se da un crecimiento económico (de algunos sectores), pero también una creciente exclusión económica, social y política (de otros)” (Daniel Olesker, 2004).

El mundo del ciudadano se fragmenta y los espacios de solidaridad e igualdad pierden vigencia. A este diagnóstico de un mercado y una cultura globalizada, se corresponde la aparición en escena de la exclusión y la marginación.

Dicho proceso hace evidente la dualización de la sociedad Latinoamericana y coloca a contingentes humanos en zonas cada vez más alejadas de cualquier estatuto de ciudadanía. Cuando la crisis de los 80' estalló en nuestro continente, la izquierda se encontró con Estados desfinanciados, todavía patrimonialistas, e inmersos en un proceso de modernización concentrada.

Los desafíos que enfrentó ese período estuvieron signados por el impacto de la reformulación del modelo basado en la sustitución de importaciones, que fue llevado adelante por los gobiernos dictatoriales, y por el inicio de la revalorización de la democracia representativa. De hecho, están cuestionados los tres basamentos de la modernidad, el crecimiento económico, la participación ciudadana y la solidaridad social. Este dato duro de la realidad confronta con la virtualidad de un proyecto de izquierda que no invalide, sino lo contrario, la necesidad de un camino refundacional de la sociedad.

Los problemas que deberá enfrentar con el mayor rigor la sociedad del Siglo XXI son: la ecología, la distancia creciente entre Norte y Sur y el vacío ético derivado de los crecientes procesos de individualismo extremo, la casi inexistencia de la esfera pública y el cerramiento hacia lo privado, la declinación de la voluntad política y la aparición de elites políticas cada vez más alejadas de lo que es las necesidades sociales que deteriora las relaciones entre los hombres. En el caso del Uruguay, dichos retos son hoy desafíos para sectores que antes se expresaban desde la oposición. Por tanto, la izquierda en el gobierno debe enfrentarse con el desafío de la redefinición de su identidad, una práctica que no puede agotarse en lo discursivo.

Sin embargo, se exploran otras pistas para comprender el estado actual de las democracias. En este sentido, nos proponemos tomar en cuenta las dinámicas de las reacciones de la sociedad a las disfuncionalidades originales de los regímenes representativos. Así Rosanvallón afirma “esta contra democracia no es lo que es lo contrario de la democracia; más bien una forma de democracia que se contrapone a la otra, es la democracia de los poderes indirectos diseminados en el cuerpo social, la democracia de la desconfianza organizada frente a la democracia de la legitimidad electoral” (Rosanvallón, 2007:27).

La acción colectiva se puede manifestar cada vez más como poder de rechazo, a través del sistema electoral o con reacciones negativas ante decisiones gubernamentales. De esta manera se ha impuesto el veto como manera de soberanía popular.

El gobierno democrático ya no sólo se define por un procedimiento de autorización y legitimación, las manifestaciones de acción colectiva devienen esencialmente estructurado por la confrontación permanente con diferentes formas de autoritarismo.

Esto señala el aumento del poder del pueblo-juez (Rosanvallón, 2007:27), lo cual significa esperar de la justicia lo que desesperan obtener del proceso electoral. Cuanto más cuenta debe rendir el gobierno y sus acciones, menos dispuestos están a responder a decisiones imperativas; si algo cabe esperar de los gobiernos progresistas es tal como lo han asegurado, transparentar cada uno de sus actos políticos, económicos y sociales sin ocultarse detrás de los expertos.

Cómo pensar la sociedad desde lo público y pensarse en lo público es uno de los desafíos que debe enfrentar la izquierda en los próximos años. Ello implica re-pensar la ciudadanía. Pareciera necesario en los procesos de asentamiento de la democracia, la creación de un espacio público novedoso, con actores participantes y con acuerdos establecidos.

Frente a los problemas planteados anteriormente, las nuevas redes de construcción política están marcando formas alternativas a las tradicionales, delimitando nuevas rutas. La tarea de la izquierda en

este contexto, pareciera la de impugnar la ética política que prioriza tanto la primacía del mercado como la del estado, proponiendo la indagación sobre tipos de sociedad que puedan servir para que la justicia y el mercado puedan reconciliarse.

Pero ¿se agota en esto la propuesta de un proyecto de izquierda? ¿Cómo instalar un debate sobre las reformas que puedan sustentar una nueva práctica política de las masas?

Es deseable recordar que el discurso clásico de la izquierda no tiene la solución a la crisis, sino que forma parte de ella y, por lo tanto, debe ser reformulado (Nun, 2000:39).

Esto no significa abdicar ante las recetas del neoliberalismo, sino mostrar que se pueden realizar procesos de reconversión que supongan una nueva relación entre estado y capitalismo, la cual destruya la perversa asociación en América Latina entre un Estado patrimonialista y un capitalismo prebendatario, privatizador de riquezas extraordinarias y agente socializador de enormes pérdidas.

El segundo punto es el rescate en la izquierda de la democracia formal, no como sinónimo de engaño, ilusión, apariencia, sino formal como sistemas de reglas y en tanto tal, como valor a conservar de la modernidad.

Estos procesos descentralizadores y de toma de decisiones implican la creación de un nuevo modelo cultural, de un nuevo modelo de sentido para la vida colectiva; de una nueva conceptualización de lo público y lo privado, donde lo público debería estar dividido en dos instancias, a) la instancia de lo representativo a que se refiere esta insoslayable democracia formal de la que hablan nuestras constituciones y b) las múltiples instancias de democracia directa que tienen que irse gestando (referéndum, plebiscitos, elecciones internas de los partidos, centros barriales, centros comunales, etc.). Es decir, de qué forma la acción colectiva se pone de manifiesto en las nuevas formas de movimientos sociales.

Esta responsabilidad cuadra sin duda a las formaciones de izquierda o de centro-izquierda quienes tienen la obligación de proteger a los

más desvalidos,<sup>1</sup> que pagan los costos de la reconversión. Ello significa resolver el tema del déficit fiscal, el gasto social, el empleo, la cuestión tributaria, las nuevas formas de exclusión y la inseguridad social, pero también dar voz a los antiguamente silenciados, para que ellos sean parte de la solución.

Sin lugar a dudas, ello no quiere decir que se le pida a la izquierda una actitud voluntarista, prometeica de olvido del mercado, pero sí una profundización de la democracia política, no para negar la democracia representativa del estado de derecho, sino para ampliarla. En este mismo sentido se hace necesario desarrollar formas crecientes de consolidación del gobierno representativo que deben combinarse rapidez, con “modos” de representación que son imprescindibles en sociedades complejas y diferenciadas y a las cuales será necesario desarrollar en el futuro, con el mayor contenido posible de autenticidad, democratización de los partidos políticos, de los sindicatos, control de responsabilidad de los dirigentes, transparencia financiera de las organizaciones, etc.

La descomposición del antiguo modelo genera dispersión social que se manifiesta en “producir desigualdades sociales, económicas tan grandes que provocan graves violaciones de la igualdad política y, por lo tanto, del proceso democrático (Dahl, 1992: 164). Ello produce manifestaciones de apatía política, anomia social, privatización de la vida, o pérdida de sentido que se verifica en una visible violencia inorgánica.

Es este vacío de los ámbitos públicos lo que provoca el desdibujamiento de los límites de la política, el declive del hombre público. Dicho reconocimiento no implica, empero, propugnar su eliminación, sino más bien una reestructuración de lo público.

La reconstrucción de un “actor socializado”, es la condición de posibilidad de un nuevo discurso político de izquierda. Sin duda esta afirmación nos conduce a la calidad del partido, partidos o coaliciones que se asuman como un sistema de autoridad democrático.

---

1

El desafío para la izquierda se plantea en cómo construir un proyecto renovado, donde se logre que los sectores populares no se disgreguen, sin que esto no conduzca a un nuevo mesianismo como respuesta a las demandas fragmentadas.

El objetivo de este trabajo es analizar la trayectoria de los movimientos sociales definidos como formas de acción que desarrollan los sistemas contemporáneos y donde los conflictos afloran más allá de las instituciones que regulan la competencia política y que permiten a un sistema producir las decisiones. “Los movimientos rompen las reglas del juego y al mismo tiempo revelan que las mismas no son simples condiciones funcionales de la integración social, sino que son también instrumentos a través de los cuales se mantienen los intereses dominantes” (Melucci, 1995).

Paralelamente, se plantea profundizar sobre las condiciones sociales y presupuestos teóricos para el ejercicio de una ciudadanía plena y participativa. En función de ello, se identifican los problemas recurrentes en el debate teórico para una ciudadanía digna y un espacio público democrático.

La construcción de una democracia real y el fortalecimiento de un ciudadano responsable y participante <sup>2</sup> han sido creciente objeto de preocupación y discusión teórica-política en la búsqueda de lograr un desarrollo con visos de justicia social, inclusión y consolidación del “bien público”.

En el caso que nos ocupa, el tema reviste (como para la generalidad de América Latina) una enorme importancia dados los niveles de crisis económica, política y social, que cobró un 'intolerable' número de vidas humanas.

Dichas dimensiones delatan problemas enraizados en las matrices y supuestos neoliberales desde los cuales se han apoyado las prácticas

---

<sup>2</sup> Se aclara que la idea de centrarnos en 'el ciudadano responsable y participativo' no intenta culpabilizar al individuo, invirtiendo la problematización 'deconstructivista', que vuelve muchas veces al sujeto moral y criminalmente 'responsable' de sus actos, más que marcar las limitaciones históricas, tejidas en una intersubjetividad de discursos que lo limitan y explican.

y políticas implementadas por los distintos gobiernos de las dos últimas décadas, y son ellas desde las cuales la izquierda debe repensarse y pensar la ciudadanía.

La principal preocupación deberá ser en concretar un proceso de resignificación de los derechos humanos y ciudadanía, que no responda a la demanda de un liberalismo vacío de contenido, sino al establecimiento de límites a la creciente expulsión de hombres y mujeres que divide y polariza cada vez más a los sujetos sociales en: incluidos y excluidos, construyendo un poder ciudadano desde las bases sociales, que logre imponerse, controlar y participar activamente en la toma de decisiones políticas. Pasar de una democracia delegativa a una democracia participativa.

Las sociedades del área sur, históricamente se habían basado en una "sociedad homogénea", con sectores organizados de clase media y una ciudadanía de derechos amplios. Sin embargo, en un lapso de tiempo relativamente corto este modelo se fragmentó, resultando en un sistema en el que encontramos: precarización en el trabajo, debilitamiento del estado en áreas claves de la política social, pérdida de calidad educativa y dificultad para generar nuevos tipos de solidaridad y organización social.

Revertir esta situación es parte del proyecto político de la izquierda el cual se ha encontrado con lastres muy difíciles de superar. Un ejemplo de ello es el esfuerzo realizado a través de políticas sociales de inclusión, en un intento de dar respuesta a estos contextos de desafiliación.

Como es de suponer, en estas sociedades polarizadas, se han debilitado los lazos sociales que eran el soporte del individuo a nivel de: a) su trabajo, b) su relación con el Estado y la construcción de su ciudadanía, c) su familia y las relaciones interpersonales y d) los procesos de subjetivación.

La pregunta que se impone entonces es desde dónde construir una reflexión alternativa. Sin duda, el debate democrático exige dar respuestas a las demandas sociales y las orientaciones culturales, la condición de la democracia es la de un conflicto social central, pero

con miras culturales comunes a todos los adversarios. La democracia no puede reducirse al compromiso formal, por tanto no hay ciudadanía sin consensos que acepten el disenso.

Debemos incitar al desafío creciente de avanzar hacia formas de participación ciudadana activa e inclusiva, frente a contextos de alta vulnerabilidad y marginación social, como lo son nuestras sociedades latinoamericanas.

### **3. Apuntes sobre la construcción de ciudadanía**

Uno de los temas que más preocupan a los gobiernos progresistas es la necesidad de la reconstrucción de una ética política, tema absolutamente relacionado con la justicia, es decir, la igualdad y la autonomía. Por tanto, la igualdad no es un valor al que uno apela; es un universal que hay que suponer, verificar y demostrar en cada caso. (Rancière J. 2002)

Es por ello que el tema de la ciudadanía ocupa un papel fundamental en estos discursos, justicia quiere decir libertad y participación. Desde allí, afirmamos como tema esencial en nuestras sociedades la necesidad de una justicia distributiva y participativa, lo que significa un ejercicio de reparto de bienes en condiciones mejores y una específica democratización del poder en términos de igualdad ciudadana.

En política el modo de efectividad de la verdad o la universalidad, es la construcción discursiva y práctica de una verificación polémica, de un caso, de una demostración... pero la universalidad no está en los conceptos sino en la forma de demostrar las consecuencias que se derivan de allí. (Rancière J. 2002)

Por tanto, no se debe separar ética y política, sino repensar la ética individual-privada y la ética política-pública. Sin ello, no hay posibilidades de un sustancial mejoramiento de las instituciones republicanas y democráticas. Se hace necesario, por tanto, que estos gobiernos de corte progresista superen la polarización entre pobreza y privilegio. Lo que significa una sociedad auto organizada a través de movimientos sociales y populares asegurando la posibilidad de auto-

gestión.

La democracia no es una concesión del estado a la sociedad, sino una creación social que asegure la autonomía de la participación. Por ello, la soberanía del pueblo y los derechos del hombre poseen un momento fundamental en la historia. Habermas afirma que “esta formación de la voluntad política, de carácter horizontal, orientada al entendimiento, es y fue un ejercicio de la autodeterminación ciudadana, y presupone una base social autónoma sin depender tanto de la administración pública ni del tráfico económico” (Habermas, J. 1999:232).

Esto significa una base de protección a la comunidad pública de quedar absorbida por el espacio estatal o de ser asimilada por las estructuras del mercado.

En este mismo sentido y recuperando el pensamiento de Arendt observamos su crítica contra el privatismo ciudadano de una población despolitizada y la generación de legitimación por parte de unos partidos estatalizados. Por tanto, tal como lo señalábamos anteriormente la esfera pública-política debe ser revitalizada hasta el punto en que una ciudadanía regenerada pueda juzgar al poder estatal autonomizado burocráticamente y recurrir a formas propias de una administración descentralizada.

Pensar y ensayar los cambios necesarios para el logro de la participación ciudadana, sus alcances y la posibilidad de integración de amplios sectores a dicho proceso de transformación en las manifestaciones que escapan a las estructuras políticas tradicionales forman parte de nuevos modos de acción social.

La democracia vive de presupuestos que ni las instituciones estatales ni las normas jurídicas crean: sólo, y en ciertos casos, las canalizan. De ahí que la acción ciudadana cobra la mayor relevancia. En este sentido, uno de los cambios que han experimentado algunos países de América Latina es la pérdida de la centralidad de los partidos políticos, los cuales se transformaron crecientemente en estructuras burocratizadas, permanentemente controladas por sus cúpulas dirigentes, muchas veces, además, con altos índices de corrupción.

Sus representantes, con ayuda de “los expertos”, todavía monopolizan demasiadas funciones negándole a la ciudadanía la posibilidad y la oportunidad de definir no sólo la oferta electoral, sino también el cumplimiento de programas.

La destrucción de dichos partidos tradicionales en Bolivia, Ecuador, Venezuela y en menor medida Argentina es ampliamente conocida.

Muchos de los países latinoamericanos han buscado nuevas formas de expresión de la voluntad de los ciudadanos, pensando simultáneamente cómo obtener espacios de deliberación y consecuentemente de poder e incidencia en ámbitos ampliados.

Uno de los caminos ya existentes es el fomento de una cultura política activa que asegure los contenidos materiales de carácter distributivo establecidos por el estado de bienestar con el fin de neutralizar las consecuencias no deseadas y no igualitarias de la economía del mercado. En ese sentido, se plantea la posibilidad de la discusión sobre la construcción de una ética republicana que permita afianzar una ética política.

Nuestra pregunta es entonces ¿cómo conciliar la universalidad de los principios sobre los cuales se asientan las constituciones de las sociedades democráticas con la diversidad de identidades y con las tendencias centrífugas de una sociedad multicultural y excluyente?

Esto significa para la ciudadanía: derechos y obligaciones. Es por ello que a la idea republicana le corresponde la imagen de una sociedad descentralizada que mediante la emergencia del espacio público identifique y delibere sobre los problemas de la sociedad en su conjunto. Esta afirmación es la cara opuesta de la moneda de lo realizado en los años noventa, donde se intentó -lográndose en muchos ámbitos- reducir el espacio público con consecuencias nefastas para la construcción de la democracia, pero también de la opinión pública. Esta se redujo entonces a “la verdad” de los medios de comunicación, sectores siempre articulados con la clase dominante. Situación especialmente grave en América Latina dada la estructura jerárquica y autoritaria existente en muchos países que han bloqueado la ampliación de la ciudadanía y de su expresión en el espacio público.

Se agrega a ello el destacado papel jugado por “los expertos”. Es decir, la competencia por el saber, el cual otorga derechos y la posibilidad de toma de posiciones o de “ordenar” al resto de la sociedad. La opinión pública está en manos de estos supuestos especialistas y la política es una técnica de competencia administrativa donde los ciudadanos quedan excluidos.

¿Cómo definir este saber de expertos? Sin duda son dueños de un saber particularista que los separa del resto del conjunto social con un discurso no inclusivo, críptico y hacedor de verdades. Es decir, la competencia por el saber otorga derechos y la posibilidad de tomar posiciones imponiéndolas con carácter universalista al resto de la sociedad.

Este saber de expertos también se corresponde a los denominados ‘formadores de opinión pública’. Los constructores de discursos, no en pocos casos “morales” o “moralistas”, que no es lo mismo que la constitución de discursos con valores éticos. Estos formadores de opinión apuntan muy claramente a una clase social, ocultándose bajo el ‘saber científico’ que se auto invoca desde la neutralidad.

Por ello, la función de los medios se transforma sin mediación en la de “sujetos pensantes”, sustituyendo la noción de verdad por la de credibilidad en los especialistas que intimidan o niegan a un otro, al diferente, al distinto.

Las características fundamentales de este discurso son de la moralidad. Poseen la capacidad de adjudicarse los principios que deben regir el conjunto de la sociedad. Según esta perspectiva moral no sólo se construye opinión sino que se crean principios, normas, leyes y costumbres de la sociedad.

Esto produce un mecanismo de verdades subjetivas con alto contenido ideológico. Dicho discurso tiene sobre todo como interlocutor a la clase media quien reproduce dichas verdades al resto de la sociedad en la constitución de una ética política basada en la opinión creada por los expertos.

Se hace necesaria la reconstrucción de una ética pública y la constitución de valores éticos que respondan a las necesidades y las subjetivi-

vidades concretas de los sujetos sociales más desprotegidos en este proceso.

En términos generales estos formadores de opinión apuntan a un sector social muy claro, la clase media, la cual muchas veces se ve envuelta en esta ideología reproduciendo el discurso de la clase dominante, tal como afirma Bourdieu.

Por tanto, se hace necesario restituir el papel crítico y constructor de nuevas verdades del intelectual contestatario. En este sentido, queremos señalar la posibilidad de que si bien éste pertenezca a distintos sectores sociales, sea capaz de reinventar la realidad en función de los más desfavorecidos a través de un pensamiento transformador.

#### **4. Debates sobre ciudadanía y participación**

Los debates se suceden, y por ello hemos recurrido a tres ejes constitutivos de la discusión actual. El primero de ellos apunta a la construcción del concepto de ciudadanía utilizado por Hannah Arendt para quien “pensar la política es pensar en su espacio y aparición: el espacio público”.

En el seno de la civilización occidental “la libertad ha sido siempre la razón de ser de la política” (Hibl, 1994), haciendo hincapié en primera instancia sobre la ciudadanía como mecanismo de representación y participación y luego sobre los principios de libertad, justicia o gloria. Interesa que los hombres tengan la voluntad de poder actualizar las dos formas de vivir juntos: “vivir junto a otros hombres, de donde proviene la acción, y vivir junto a sí mismos a lo que corresponde la actividad de pensar” (Arendt, 2002). De este modo, el tiempo de la libertad moderna - del libre albedrío- de raíz kantiana, engendra la vida de los hombres.

Esta idea arendtiana del ciudadano activo se desarrolló a lo largo de un proceso histórico; encontrando que en la antigüedad clásica y algunos otros momentos privilegiados de los tiempos modernos se pudo lograr cierta correspondencia entre pensamiento y acción. Sin embargo, para la autora la modernidad es un proceso negativo al

hacer aparecer y triunfar el modelo burgués, el denominado: hombre de masas.

La construcción del ciudadano en Arendt se inscribe en la tradición republicana o lo que ella denomina 'democracia radical' desde donde reelabora los conceptos de público y privado, separando al igual que en la polis griega ambos ámbitos. La esfera de lo privado se identifica con el hogar doméstico, con el "*oikos*", las relaciones están establecidas desde la necesidad y la violencia. La inclusión de lo económico, en el ámbito político termina representando para Arendt la privatización de lo público; es decir, que la invasión de la lógica económica al invadir todas las dimensiones políticas del sujeto, excluye la posibilidad de una realización política basada en aspectos morales, proceso entendido como una característica de nuestra modernidad. La separación que realiza al involucrar "lo social", en la esfera pública, le valió las críticas desde las más diferentes corrientes de pensamiento. Para la autora el auge de "lo social" es la victoria del "animal laborans". Las características más remarcables de este son: conformidad, sujeción a la necesidad, invasión de la esfera pública, elementos que provocan la inversión de la jerarquía de la vida activa en detrimento de la acción. Esto no significa un rechazo puntual del espacio privado, por el contrario, la privacidad para nuestra autora ofrece un lugar protegido y oculto.

La esfera pública es descrita en términos de diferenciación y antagonismo con la esfera privada. La polis, es el ámbito desde donde hablar y actuar en común. Es el lugar donde los ciudadanos se reconocen como 'iguales'. Si los hombres no son iguales, la igualdad sería una construcción política artificial que se aplica a aquellos que comparten palabra y acción.

También hay un espacio de memoria, que supone una lucha contra el tiempo "en el que la fragilidad y la futilidad inherentes a la acción pueden tener una permanencia" (Arendt, 2002). De esta forma, el espacio público, la polis, no tiene una localización espacial, no se identifica con una nación o un territorio. La idea de polis se transmite en el hecho de hablar y actuar juntos: "a cualquier parte que vayas serás una polis". De tal forma, la posibilidad de construcción de la

ciudadanía para Arendt no es el lugar donde se debate, donde se actúa sino 'qué' se debate y cuál es el 'contenido' de la acción. Para la definición de ciudadano, la autora considera necesario remontarse al pensamiento de Maquiavelo, Montaigne, etc., pues ellos al escribir desde la consulta a los archivos de la antigüedad lograron encontrar un tipo distinto de hombre. En ese sentido Arendt afirma que "ese tipo de hombre no es el burgués sino el ciudadano". Si bien esta distinción entre "le citoyen" y "le bourgeois" se mantuvo en pie a lo largo del siglo XVIII con la revolución francesa y hasta 1848, Arendt afirma que el modelo de ciudadano era hasta cierto punto un modelo del ciudadano de la polis atenea: "después de todo, aún tenemos las palabras que provienen de allí, resuenan a través de los siglos" (Arendt, 1995).

La razón humana, dice Arendt, sólo puede provenir del hombre si este puede hacer uso público de ella, si es libre como hombre y como ciudadano, sin tutelaje. Se trata de: "el derecho a tener derecho" porque ¿qué es constituirnos como ciudadanos sino la posibilidad de acrecentar nuestra acción, nuestro debate, nuestra legitimidad? (Arendt, 2002).

El ciudadano deja de ser un mero receptáculo de los derechos promovidos por el estado para transformarse en un sujeto de derecho que busca participar en ámbitos de 'empoderamiento', que se va definiendo según su capacidad de gestión y según cómo evalúa el ámbito más rico y más propicio para las demandas que intenta gestionar.

En cuanto al 'ciudadano' frente a la dominación, se afirma que el poder impuesto desde arriba significaba la imposibilidad de lo que los padres fundadores denominaban la democracia pura, ellos descubrieron que el poder sólo puede ser controlado a través de una cosa: el contrapoder. Para Arendt, el contrapoder será edificado "a partir de los problemas de la gente corriente, de forma que se puede decir protestas in populo, esto es, que *el poder viene de abajo y no de arriba*. La centralización del poder sólo se justifica, para la autora, para contrarrestar al capitalismo, el cual abandonado a sus mecanismos sólo tendería a arrasar con todas las leyes que encuentra en el ca-

mino de su expansión, en un proceso gradual de expropiación. Lo cual significa que la “administración de las cosas” que Engels pensó como una maravillosa idea, y es actualmente es una idea horrible, es todavía necesaria” (Arendt, 1995). Sin embargo, la democracia se tiene que basar en un proyecto de acción humana. La idea de acción, para Arendt, está directamente relacionada con las formas participativas, llámense: consejos populares, asambleas barriales o consejos barriales. Para Arendt, los “*consejos populares*” representan la organización política posible para satisfacer la participación en los asuntos públicos. “Los ejemplos de los consejos revolucionarios de 1870-71, los soviets de 1905 y 1917 el ratesystem en Alemania en 1918 y 1919 y por fin, los consejos populares de Budapest en 1956, se caracterizaron por la acción eminentemente política, generados espontáneamente con el objetivo de ejercer y preservar la libertad pública “es un ejemplo de cómo podemos, aún garantizar el espíritu revolucionario”.

Esta conceptualización aristotélica de acción que realiza, la distancia del modelo weberiano en el sentido que la técnica moderna ha propiciado acciones que no pueden ser medidas en dimensiones éticas o de responsabilidad. La acción es, por su misma naturaleza, “ilimitada en sus consecuencias e impredecible en sus resultados últimos porque el hombre actúa dentro de su medio en donde toda reacción se convierte en una reacción en cadena” (Arendt, 2002).

La crítica sustancial que Arendt realiza a la democracia representativa tradicional, pasa por las limitaciones provenientes del propio sistema, donde representación y acción se presentan como términos antitéticos. Ya que, por un lado, a través de la representación surgen los intereses económicos y por tanto privados constituyendo así el interés fundamental de los objetivos políticos. Mientras que por otro lado, en la democracia representativa las personas delegan su consentimiento para ser gobernadas disminuyendo o eliminando la posibilidad de acción de los representados.

La acción es la clave para comprender la discusión acerca de la democracia. Arendt reconoce la importancia de ‘la labor’, pero le critica a Marx el reinterpretar ésta según la imagen de la actividad del traba-

jo a expensas de la actividad política. En palabras de la autora: “la actividad política ‘produce historia’ (...) cuando enumeré las principales actividades humanas –labor, trabajo, acción- era obvio que la acción ocupaba la posición más elevada. En la medida en que la acción está conectada con la esfera política de la vida humana, esta valoración concuerda con la opinión prefilosófica, preplatónica, habitual en la vida de la *polis* griega” (Arendt, 1995).

Pensamos que este enfoque planteado por Arendt, profundamente crítico al sistema político representativo, puede ser la clave para entender algunas de las dificultades actuales que se presentan hoy en los sistemas latinoamericanos. En la región, la preocupación por instalar la democracia política y los derechos cívicos, no ha permitido cuestionar qué tipo de democracia social se ha impuesto y los efectos que ha tenido la implantación de dicho sistema en la acción y participación real de nuestras sociedades.

Desde allí, se pueden buscar algunas de las causas que den cuenta de la crisis generalizada en la que se han visto envueltas nuestras sociedades, bajo la implantación de un sistema que no sólo no ha sabido impedir dicha crisis, sino que él mismo ha generado. ¿De qué manera? al diluir las instituciones que permitían la participación directa de los ciudadanos y facilitar la burocratización y profesionalización de los partidos, problema que se ampliará en este trabajo, en especial en las democracias políticas y la crisis vivida en el Cono Sur.

El segundo eje, también apunta a la construcción del concepto de ciudadanía desarrollado por Habermas, donde los procesos democráticos son siempre fronteras precarias entre lo privado y lo público. “Nadie puede ser libre a costa de la libertad de los otros”.

Frente al énfasis sobre la acción puesta en Arendt, entendida desde un plano político, recordemos que es necesario vincular –y no desvincular- la vida económica y la vida social, cultural y política. Es en este sentido que Habermas se aleja del enfoque de la autora, criticando la distinción entre producir y trabajar: “El trabajo se distingue de la producción no tanto en las estructuras de acción sino que en el concepto “trabajo” la actividad productiva es representada como un gasto de fuerza de trabajo reproducible, quedando así inserta en el

contexto funcional de producción-consumo- reproducción” (Habermas, 1999). Es decir, que una primera diferencia que el autor plantea es la significación que las relaciones materiales adquieren en la definición de ciudadanía y no sólo la importancia de la esfera política.

Retomemos algunos de los importantes aportes que Habermas significa sobre los temas de la democracia y ciudadanía. Para el autor, estos temas han sido abordados con gran insuficiencia en el pensamiento liberal, conduciendo al retorno del universalismo de la ilustración. Al respecto, Habermas descarta las dos soluciones extremas que se han propuesto: a) reducir el actor humano al pensamiento científico y técnico: a la razón instrumental, b) apelar en sentido inverso a los particularismos del individuo o de la comunidad. Así, critica la dominación del pensamiento estratégico y la racionalidad instrumental, pero también muestra su horror absoluto a las fuerzas populares que condujeron al nazismo. No hay democracia sin ciudadanía, y no existe ciudadanía sin acuerdos, no sólo sobre procedimientos o instituciones sino también sobre los contenidos de dicha ciudadanía y los mecanismos de 'diálogo', la 'inclusión del otro' necesita del otorgamiento de reconocimiento entre actores y la búsqueda de consensos. En este sentido, vemos que su enfoque no se aleja de las visiones de Arendt. ¿Cómo vincular lo universal y lo particular? Es parte de la problemática que intenta solucionar mediante la comunicación y más concretamente a través de la discusión y argumentación que permita reconocer en el otro lo más auténtico en lo que se refiere a un valor moral o a una norma social universalista. Esta disposición de escuchar y respetar al otro se manifiesta como el fundamento más sólido de la democracia. ¿Cómo se realiza este paso de lo pensado a lo vivido, de lo particular a la universal? Habermas pone énfasis en este punto, considerándolo clave en la constitución de la democracia. Así, nos dice “se trata de consolidar la coexistencia y la comunicación entre opiniones o gustos que se presentan primero como mecanismos subjetivos y por tanto refractarios a toda integración” (Habermas, 1999).

La sociedad moderna se distingue por la creciente separación entre lo objetivo, lo social y lo subjetivo. Así, en un intento de construcción teórica que apunte a la búsqueda de unidad de sujeto, acción y pen-

samiento, Jurguen Habermas nos advierte que no hay democracia si no se escucha y reconoce al otro, si no se busca lo que tiene un valor universal en la expresión subjetiva de una preferencia.

“Habermas nos advierte que durante la complejización del sistema social y sus subsistemas (mercado capital, trabajo y sistema administrativo burocrático), las relaciones sociales formalizadas se guían por una lógica instrumental (bajo patrones estereotipados, anónimos, y acciones estratégicas) que desplaza la propia identidad del individuo, empujándolo a su entorno. Si esta lógica se impusiera a través de la colonización del mundo de vida, impidiendo la individuación e imponiendo la individualización -que aísla, homogeniza-, los individuos serían excluidos del sistema en tanto tales, estando incluidos únicamente a través de relaciones formalizadas, es decir, en tanto trabajadores o consumidores” (Rieiro, 2005 : 5)

La deliberación democrática significa un parlamento, un tribunal, o un medio de difusión al que se le reconozca cierta validez y que acepte la posición del otro, salvo que este otro se coloque más allá de las fronteras de la sociedad. Los juicios morales y sociales son entonces medios para conservar y reproducir valores culturales, normas sociales y mecanismos de socialización.

Una sociedad, no es un conjunto de producción sino también una colectividad con exigencias de integración social y conservación de sus valores culturales, en términos más concretos: la educación y la justicia son tan importantes como la economía y la política. El conflicto social nunca es un enfrentamiento total como en el mercado, pues no hay conflicto social sin referencia cultural común a dos adversarios, sin cultura compartida. Entonces, el debate democrático para Habermas combina tres dimensiones: 1. el consenso en referencia a las orientaciones culturales comunes, 2. el conflicto que opone a los adversarios, 3. el compromiso resultante, que combina ese conflicto respecto a un marco social –en particular el marco jurídico- que lo limita.

El debate democrático exige demandas sociales y orientaciones culturales, la condición de la democracia es la de un conflicto social central, pero con miras culturales comunes a todos los adversarios. La

democracia no puede reducirse al compromiso formal, por tanto, no hay ciudadanía sin consenso.

La comunicación es el enfrentamiento de interlocutores y al mismo tiempo es la trasmisión de mensajes de uno a otro, es flujo de información y señal de trabajo de subjetivaciones (relación de nuestro yo) que cada uno realiza y procura reconocer en el otro. La sociedad ya no es vista como un proceso de naturaleza histórica o de voluntad divina: es interacción e intercambio, es decir: acción. Aquí volvemos a la importancia de la acción, esta vez comprendida como acción comunicativa, como mundo de vida.

El tercer eje, apunta a pensar desde Laclau y Mouffe, con la intención de aproximarnos a teorías que reflejan más a Latinoamérica. En este sentido, los autores manifiestan que “la política en tanto que creación, reproducción y transformación de las relaciones sociales, no puede ser localizada a un nivel determinado de lo social” (Laclau, 1987:232). Por lo tanto, la política es la afirmación y articulación de relaciones sociales cruzadas por antagonismos. Es por ello, que la pregunta de los autores es ¿cuáles son las condiciones discursivas de emergencia de una acción colectiva encaminada a luchar contra las desigualdades?

Ernesto Laclau, en su propuesta de democracia “radical y plural” entiende a la revolución democrática, como una etapa de profundización donde se extienden las luchas en un panorama social y político cada vez más complejo y heterogéneo. Desde este enfoque, el problema en las democracias realmente existentes no son sus valores constitutivos de libertad e igualdad, sino el sistema de poder que redefine y limita la realización de esos valores.

Así, sobre un escenario en el que coexiste una altísima desigualdad e injusticia en los más distintos planos de la realidad social, se hace necesario una nueva articulación política capaz de dar cuenta de dicha pluralidad de voces, canalizando las distintas demandas. Desde las discusiones entre igualdad y libertad, sin solapar el principio de libertad, se enfatiza la esencial vigencia del primero de ellos casi como ‘requisito’ del segundo.

Las tendencias y las formas de lucha colectiva apuntan a reivindicaciones de índole social, pero también a aquellas denominadas como específicas del espacio privado (minorías, sexualidad, temas étnicos, de género, etc.).

Retomaremos del último libro del autor (Laclau, 2005) la manera de pensar la lógica social y el modo de construir lo político desde la reformulación de la categoría “pueblo”. Esta aproximación aporta una nueva dimensión al análisis de la lucha hegemónica y de la formación de identidades sociales que son fundamentales para comprender los triunfos y fracasos de los movimientos populares en el proyecto político de los latinoamericanos en un capitalismo globalizado.

Para el autor, no hay nada automático en la emergencia del pueblo – en lo que se refiere a potencial emancipador-. Por el contrario, la emergencia será fruto de una construcción compleja que puede, entre otras cosas, fracasar en el logro de sus objetivos. La creación de identidades políticas serán entendidas como producto de una articulación entre opuestos y tensión de lógicas diferenciales. Se advierte en cuanto al populismo la vulnerabilidad de la acción colectiva, ya que es suficiente un pequeño error para romper el equilibrio y que la construcción social del ‘pueblo’ desaparezca como eje vertebrador de un accionar político común.

Es entonces necesario desagregar conceptualmente qué entendemos por “populismo”, concepto que estuvo siempre vinculado a un exceso peligroso. Sin embargo, para Laclau “lejos de corresponder a un fenómeno marginal, está inscripto en el funcionamiento real de todo espacio comunitario” (Laclau, 2005:256). Asimismo, intenta “mostrar que el populismo no tiene ninguna identidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político.” (Laclau, 2005 :16). Sin duda, pensar la categoría pueblo requiere una serie de decisiones teóricas: la más importante se vincula al rol constitutivo que Laclau atribuye a la “heterogeneidad social”. Entendida esta, como un conjunto de individuos que pese al disenso son capaces de construirse en una multiplicidad de acciones que posibiliten la transfor-

mación de la política. Se hace evidente cómo desde esta conceptualización, se toma distancia del concepto “masa”, como ha sido tradicionalmente usado, desde Le Bon en 1911, hasta nuestros días, en el sentido de irracionalidad, de ‘gente común’, uniéndola a cierta forma de autoritarismo. El autor, a pesar de reconocer las limitaciones y debilidades, reivindica la capacidad del pueblo y consecuentemente la capacidad del populismo como conformador de una multiplicidad de fenómenos que tienen capacidad de acción, pensamiento y transformación.

De esta manera la construcción “pueblo” resulta una categoría inteligible, con capacidad de identificar a distintos actores frente a una comunidad, como un todo, reconociendo un actor histórico participante que niega el fin de la política, o de la historia.

Desde esta conceptualización laclauiana, se entenderá la participación popular masiva uruguaya en ámbitos de decisión autónoma, como son los plebiscitos y los referéndum, como veremos más adelante. Mientras que en Argentina la consistencia del peronismo se tomará como la constante agregación de intereses que ha significado a lo largo de sesenta años la persistencia de la fidelidad de las masas a los principios peronistas de justicia social enarbolados por su líder. Un partido que deberá entenderse como un universo propio donde coexisten gobierno y oposición, derecha- centro e izquierda, con una enorme capacidad histórica para la cooptación de la protesta social. Es por ello, afirma Laclau, que el presidente argentino intenta construir un discurso político alrededor de significantes centrales que devienen del 45 como “Patria y Pueblo”. Pese a los cambios políticos recurrentes en Argentina el peronismo en un nuevo escenario, podría y aspira a incluirse en un plano multipolar sólo si se construye una identidad política y cultural.

Entonces, en esta revisión, partimos de los supuestos tomados de los dos primeros teóricos para comprender el proceso de consolidación democrática en Uruguay, con una larga tradición en la construcción de ciudadanía; con menor implicancia para el caso argentino, donde el populismo ha dejado una huella profunda, percedera y persistente, tal cual lo plantea Laclau en sus trabajos. Para analizar el contexto

histórico en ambos países es que hemos realizado una breve síntesis de estos últimos años en ambas orillas, que nos permita comprender y cruzar la realidad concreta con los enfoques teóricos con el fin de profundizar los cuestionamientos políticos que nos ocupan. ¿Cómo reconstruir solidaridades es la pregunta esencial de este trabajo. ¿Es posible hacerlo desde sociedades tan castigadas por la crisis? Realicemos un recuento de lo sucedido en Argentina y Uruguay en estos últimos años, para luego volver a estas cuestiones.

## **5. Movimientos Sociales: formación, reclutamiento y formas contestatarias.**

Los movimientos sociales como forma de acción colectiva nacen de una orientación hacia formas organizativas donde una masa descentralizada, sin liderazgos visibles ha producido cambios sustantivos en las formas del quehacer político.

Es nuestro interés señalar cómo los movimientos sociales se constituyen como desafío a las formas convencionales de hacer política y de qué forma exigen nuevas respuestas a los conflictos a un sistema que debe producir respuestas. Sin duda, esta acción colectiva rompe con las reglas del juego tradicionales y demuestran que las respuestas convencionales no alcanzan a producir condiciones de integración social. Por lo tanto, definimos a estos movimientos como “una red de interacciones informales entre una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones involucrados en un conflicto político y/o cultural, sobre la base de una identidad colectiva compartida” (Diani, 1992).

El eje estructurador de un movimiento social es, sin duda, una postura de oposición que aglutina un abanico de sectores descontentos cuyas prácticas colectivas de resistencia generan un sentido de solidaridad común que crea un tipo de identidad colectiva traduciéndose en movilizaciones y conflictos puntuales en algunos casos como las fábricas recuperadas o la organización de los clasificadores de residuos que serán los ejemplos sobre los que profundizaremos. Siendo el cooperativismo una modalidad de acción colectiva sobre la cual se ha investigado bastante.

El caso de las fábricas recuperadas por sus trabajadores es muy interesante de analizar dadas sus peculiaridades. La mayoría de las unidades productivas provienen de organizaciones sindicales de larga data. Ninguna de estas asociaciones obreras disputaba anteriormente la gestión del emprendimiento. Las manifestaciones o los pedidos gremiales apuntaban a reclamos de corte tradicional dirigidas a defender los salarios y mejorar las condiciones de trabajo.

En el marco contextual de la crisis socio-económica de 2002 el desempleo en aumento como consecuencia del cierre de establecimientos de trabajo plantea respuestas de acción colectiva que se centran en actos de radicalidad y de no resignación. Los trabajadores asumen mayores riesgos desde la degradación salarial y precarización de sus condiciones de trabajo hasta el tramo final en donde el cierre es el inicio de nuevas formas de acción colectiva. “Es desde el terror y el miedo a la exclusión, que los trabajadores tras el cierre del establecimiento donde trabajaban deciden mediante una acción colectiva luchar por mantener la fuente de ingresos de la cual depende su supervivencia. Su primera concepción de viabilidad no se basa en la maximización de ganancias, sino en hacer funcionar una unidad productiva que les permita seguir viviendo-del-fruto-de-su-trabajo” (Rieiro, 2009:77).

Entre el proceso de cierre de la fábrica y de recuperación por parte de los trabajadores el período es no menor a dos años y medio. Este difícil proceso implica una organización para la recuperación de sus fuentes de trabajo.

*Este cuadro ilustra los largos procesos de acción colectiva exitosos logrados con el esfuerzo de los trabajadores, el apoyo estatal de los gobiernos de izquierda y ayudas financieras internacionales de gobiernos que auspician estos procesos. El otro dato a destacar es la reacción de los sectores burocráticos pertenecientes a la empresa, quienes abandonan de manera inmediata el proceso de recuperación. Algunos motivos que explican esto es la pertenencia a una clase media más educada con mayores posibilidades de encontrar nuevos trabajos.*

Nombre Actual	Comienzo del conflicto	Medida de fuerza	Trabajadores al cierre	Duración del conflicto	Trabajadores en el proceso	Años con seguro de paro	Cantidad de trabajadores	Estado actual
Coutram	2004	Ocupación	17	9	8	0	6	Cierre
Cooperativa Victoria	1995	Ocupación	80	2	30	0	114	En funcionamiento
Cooperativa La Serrana	2001	Ocupación	86	12	30	1	14	En funcionamiento
Coopdy	1999	Ocupación	220	36	127	2	70	Proceso de recuperación
Urrutransfor	2000	Negociación directa	104	36	98	3	64	En funcionamiento
Cofuesa	2002	Negociación directa	35	24	18	2	18	En funcionamiento
Funsa Uruguay	2000	Acampe	400	24	200	2	150	En funcionamiento
Envídrío	1960	Ocupación	230	13	110	2	62	En funcionamiento
Cooperativa Molino Caorsi	2002	Negociación directa	120	48	80	1	62	En funcionamiento
Cofatex	2001	Ocupación directa	30	6	5	0	3	Proceso de recuperación
Codes	1993	Negociación directa	23	2	23	0	23	En funcionamiento
Unidad Coop. Lavadero Casnu	2002	Negociación directa	100	0	40	0	56	En funcionamiento
Cooperativa Creazioni	2001	No hubo	12	12	4	0	9	En funcionamiento
Cooperativa Copraica	2000	Ocupación	200	30	110	2	73	Proceso de recuperación
Coopima	1999	Negociación judicial	100	60	100	2	43	Proceso de recuperación
Cooperativa Niboplast	2002	Ocupación	250	18	80	2	37	En funcionamiento
Ingraco	1998	Ocupación	60	10	30	1	25	En funcionamiento
Molino Santa Rosa	1997	Ocupación	90	12	40	1	40	En funcionamiento
Profuncoop	1997	No hubo	3	60	15	0	12	En funcionamiento
Uraven	1997	Ocupación	400	144	230	2	60	Proceso de recuperación
<b>Total trabajadores Por Período</b>			<b>2560</b>		<b>1378</b>		<b>941</b>	

*Características del proceso de recuperación de las unidades productivas*

Fuente: Tesis de Maestría Anabel Rieiro (2009) Encuesta de elaboración propia.

En segundo lugar la adhesión a la patronal, y el temor a la iniciativa obrera. Claramente, podemos hablar de una clase media- administrativa que no tiene una postura homogénea frente al proceso de recuperación de la fábrica. Sumado a esto, diferentes procesos y matices de la “identificación de clase” que, muchas veces se corresponde más con los ex-dueños y no con la clase obrera que toma las riendas del lugar de trabajo.

Las posturas son diversas, algunos deciden acoplarse al proyecto recuperador, mientras que otros no sólo no participan, sino que pueden llegar –incluso- a estar en contra del mismo.

Es bien interesante poder diferenciar las diversas reacciones de acuerdo a la situación de clase de cada trabajador y su lugar en la estructura organizacional de la empresa. Como afirma Rieiro “la acción asociativa se inspira en los primeros momentos de estos procesos al objetivo de seguir garantizando una fuente de ingresos personales e individuales a los trabajadores; sin embargo, las luchas, sentimiento de identidad e injusticia conforman relaciones humanas que delinear procesos grupales específicos” (Rieiro, 2009: 82).

Los escollos intrínsecos a la organización y los diferentes mecanismos grupales son, para el caso de la recuperación de fábricas, un reflejo de complejos mecanismos de identificación (en este caso de clase) y de búsqueda de caminos emancipatorios (capacidad de transformar una realidad opresora)

El segundo caso sobre el cual queremos hacer algunas referencias es la formación de sujetos colectivos en el sector clasificador de residuos. El estudio realizado por Lucía Elizalde y Mariana Fry apunta a las estrategias de supervivencia de la cooperativa de clasificadores de residuos Felipe Cardoso.

De acuerdo al censo de clasificadores realizado por la Intendencia Municipal de Montevideo en 2008 existen 10.000 trabajadores de la clasificación registrados. En una entrevista realizada en Radio Centenario, el presidente de la Unión de Clasificadores de Residuos Sólidos (UCRUS), Héctor Brum afirma que para el sindicato hay entre 15.000 y 20.000 clasificadores sin contar a las familias de los mismos que son

un pilar fundamental en este tipo de tarea.

Distribución por departamento de los hogares clasificadores detectados (PANES) Fuente: Base de datos del PANES

Departamento	Hogares clasificadores detectados	Distribución porcentual	Total hogares inscriptos al PANES	Incidencia de los hogares clasificadores
Artigas	173	2,3 %	6.474	2,67 %
Canelones	1.022	13,5 %	20.210	5,06 %
Cerro Largo	204	2,7 %	6.336	3,22 %
Colonia	101	1,3 %	4.382	2,3 %
Durazno	70	0,9 %	3.113	2,25 %
Flores	21	0,3 %	1.143	1,84 %
Florida	102	1,4 %	2.987	3,41 %
Lavalleja	83	1,1 %	3.019	2,75 %
Maldonado	121	1,6 %	4.313	2,81 %
Montevideo	4.407	58,4 %	34.929	12,62 %
Paysandú	151	2 %	5.951	2,54 %
Río Negro	37	0,5 %	3.167	1,17 %
Rivera	351	4,7 %	7.466	4,7 %
Rocha	94	1,2 %	3.296	2,85 %
Salto	140	1,9 %	6.960	2,01 %
San José	156	2,1 %	5.243	2,98 %
Soriano	107	1,4 %	4.344	2,46 %
Tacuarembó	141	1,9 %	4.891	2,88 %
Treinta y Tres	64	0,8 %	3.134	2,04 %
<b>Total</b>	<b>7545</b>	<b>100</b>	<b>131.358</b>	<b>5,74</b>

La actividad de clasificar en sí no sólo implica recoger los residuos, sino también hacer una preclasificación para poder organizar los residuos que se entregan posteriormente al depósito.

Las nuevas modalidades contemporáneas de trabajo precario trazan pautas asociativas paradójicas. El trabajo ha sido históricamente la principal esfera de inclusión social. Pero en contextos de exclusión, las nuevas formas que adopta el trabajo, según plantean Elizalde y Fry, se remiten a la inclusión de la precariedad, “la cual en última instancia es funcional al desarrollo del modo de acumulación capitalista” (Elizalde y Fray, 2009: 8).

Esta modalidad laboral en el marco de la precariedad muestra la capacidad de organización política y productiva se empapa de lógicas particulares, sobre todo, para el caso de los clasificadores.

Según la historicidad del proceso de constitución del sindicato, éste ha atravesado tres etapas. La etapa del “gateo”, la etapa del trabajo en la calle Cepeda y la tarea cooperativa.

Se denomina “gateo” a los clasificadores ingresaban a la cantera sigilosamente cuales gatos, para esquivar la presencia de guardia policial. En esta primera etapa la presencia de clasificadores data de los años 50 cuando los residuos dejan de quemarse y comienzan a enterrarse. Se trataba de un grupo reducido de trabajadores y su actividad se llevaba adelante en las calles con los carros. La crisis de los años 70 lleva a la pauperización de amplios sectores de trabajo y comienzan a aparecer las luchas por la apropiación de materia prima, existiendo relaciones de competencia entre trabajadores. La composición de la Coe.Fe.Ca es heterogénea dado que algunos trabajan en las canteras desde los años 70 y otros se incorporan más tarde.

En el segundo período (década del 70) el trabajo se caracteriza por la extrema precariedad y vulnerabilidad. Se trabajaba sólo de noche asumiendo muchos riesgos de la represión policial, sumado al peligro de los camiones. En este contexto aparece el sindicato UCRUS, obteniendo un acuerdo con la Intendencia que comprende la obtención de la calle Cepeda y de 30 camiones de residuos diarios para clasifi-

car.

La aparición de los camiones configura la irrupción de un nuevo tipo de clasificador que es el “agarrado”. Figura que se base en la fuerza física y capacidad de resistencia para permanecer sujetos al camión. Aparecen así nuevas relaciones de poder en torno a esta figura del también llamado “brazo gordo”. “En este sistema quienes no lograban competir por los camiones que no tenían dueño se veían obligados a trabajar para los agarrados a cambio de un jornal, ya que ésta era la única alternativa de subsistencia. Caían entonces en un régimen de explotación dentro de la auto explotación que implica el trabajo del clasificador” (Elizalde y Fry: 2009: 44).

La tercera etapa es la formación de la cooperativa impulsada por una disposición de la IMM. Las resistencias son muchas debido a que las condiciones de trabajo fueron impuestas desde afuera a los trabajadores. El individualismo marca las relaciones entrando en contradicción con el proceso formal de constitución de la cooperativa.

El desafío actual consiste en poder deconstruir dichas relaciones para instalar la solidaridad como patrón de relacionamiento y un concepto de ciudadanía que permita cambios culturales e incluso el relacionamiento colectivo e individual con lo político.

Lo más significativo de este proceso es el propio pensamiento de estos trabajadores quienes plantean que nunca se sale o se puede salir de las formas precarias de este trabajo.

## **6. Conclusiones**

En el inicio del trabajo construimos ideas teóricas que pudiéramos utilizar para dar cuenta de las nuevas realidades en las que estamos insertos. Los niveles de abstracción iniciales tienen su porqué en la medida en que nos permiten comprender ejemplos paradigmáticos como los que mencionamos.

No significa que la idea se corresponda en su totalidad con lo real, sino que nos facilita líneas interpretativas para poder pensar formas alternativas a estos fenómenos.

Los conceptos de democracia y ciudadanía han mostrado su capacidad explicativa desde un punto de vista no sólo político, sino también como proyecto de sociedad. Por esta razón, nos hemos remitido a distintos postulados teóricos que ofician de disparadores a la discusión.

De esta manera los ejemplos convocados no son inocentes, sino que pretenden provocar la reflexión. Las fábricas recuperadas corresponden a una forma de organización tradicional y de larga data de los movimientos sociales, siendo la clase obrera su exponente protagónico. Tradición y alternativa porque no responde a la historia del movimiento obrero, sino que adopta ante situaciones críticas modalidades más radicales.

Por otro lado, planteamos el surgimiento del sindicato de los clasificados erigidos desde la marginalidad y la precariedad del trabajo, pero que, sin embargo logran adaptarse a una forma clásica de organización social.

Esto presenta un escenario diverso de posibilidades y desafíos a enfrentar, no sólo a la interna de los propios movimientos, sino también en su relacionamiento con el gobierno.

Nos preguntamos cuál sería el papel de estos movimientos si permanecen en esta tensión interna que se plantea entre sus formas de reivindicación y sus diálogos más cada vez más cercanos con los gobiernos progresistas.

Es claro que la relación entre movimientos sociales y el gobierno, planteado en abstracto, involucran una serie de tensiones propias de la posición que ocupan en la sociedad. No obstante dicha postulación, creemos que tales tensiones dependen también del contexto histórico y, específicamente de las características del gobierno y sus estrategias de relacionamiento con los movimientos. De ahí que las tensiones adquieran significados diferenciales si el gobierno es autoritario o democrático, y, en éste último caso, se especificarán de acuerdo a las formas de participación institucional que se fomenten desde el estado.

Paradójicamente, cuanto más se articulen los movimientos a la lógica

de participación a través de canales institucionales del gobierno, más posible es concretar las demandas, mayor el desdibujamiento de la identidad del movimiento y, por lo tanto su independencia.

Por otra parte, si la incorporación a formas institucionalizadas de participación permite controlar los grados de fragmentación, por otro, también tienden a desdibujar identidad.

Cuando señalamos la construcción de identidades asociamos inmediatamente la adscripción a una cultura compartida. Asimismo aparece como problema la construcción de sentido atendiendo a un atributo de corte simbólico. La identidad se construye a partir de la identificación simbólica que realiza un actor social en función del objetivo de su acción.

La definición de conceptos que habiliten formas diferenciadoras es un doble movimiento: externo e interno. La idea de un “nosotros” se constituye en la existencia de un “ellos”. Sin duda, se construye identidad a través de relaciones de poder. Estas pueden ser legitimadoras o desde perspectivas de resistencia o proyecto propio. En el caso de los movimientos sociales que hemos trabajado, aparecen ambos aspectos. Por un lado, los intentos de legitimación y, por otro, resistencia a los poderes institucionalizados. Este último aspecto implica un cuestionamiento hacia el afuera, pero también implica una revisión permanente de las formas de poder hacia el adentro. La resistencia estigmatiza el quehacer del colectivo de acción, produciendo reacciones de hostilidad en la opinión pública.

Ante los nuevos contextos políticos, la llegada de gobiernos de izquierda al poder implica un doble desafío para los sujetos colectivos, históricamente más cercanos a la ideología de la izquierda y a sus reivindicaciones de clase. Entonces, enfrentar diálogos con los gobiernos que ahora son presionados por los movimientos sociales y, por otro lado, dar respuesta a las demandas técnicas del estado, sin que eso implique una desarticulación del movimiento.

La característica relacional de los gobiernos progresistas con los movimientos sociales ha sido la incorporación de muchos de sus integrantes a espacios de decisión estatal. Por un lado, es positivo en la

medida en que las demandas de los colectivos tienen un eco en esferas de poder político, pero, por otro, presenta un escenario complejo y desafiante a la interna de los movimientos en cuanto a mantener y reproducir su identidad y en su acción concreta de resistir el poder político. ■

## BIBLIOGRAFÍA

**Arendt, Hannah** (1985) *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought*. Londres: Penguin Books.

**Arendt Hannah** (1998) *Crisis de la República*. Madrid: Taurus.

**Arendt Hannah** (2002) *La vida del espíritu*. Buenos Aires: Paidós. **Arendt,**

**Hannah** (1993) *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.

**Arendt, Hannah** (1994) *Los orígenes del totalitarismo*. Buenos Aires: Planeta.

**Arendt, Hannah** (1979) *The recovery of the public world*. St. Martin's Press.

**Bobio, Norberto** (1995) *Derecha e Izquierda*. Taurus, España

**Dahl, Robert** (1992) *La democracia y sus críticos*. Buenos Aires, Paidós,

**Diani, Mario** (1992) *The concept of social movement*. En *Sociological Review*, Keele University, Vol. 40 nº1.

**Elizalde, Lucía y Fry, Mariana** (2009) *Formación de sujetos colectivos en el sector clasificador de residuos*. Documento de Trabajo de CSIC- Informe.

**Falero, Alfredo** (2008) *Las batallas por la subjetividad. Construcción de derechos, luchas sociales y dominación simbólica en Uruguay*. Montevideo, Ude-laR-FCS- CSIC/Fanelcor.

**Habermas, Jürgen** (1990) *Pensamiento post metafísico* México: Taurus.

**Habermas, Jürgen** (1999) *La inclusión del otro*. Barcelona: Paidós.

**Jameson, Frederic y Zizek, Slavoj** (1998) *Estudios culturales. Reflexiones sobre multiculturalismo*. Buenos Aires, Paidós.

**Laclau, Ernesto** (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* México: Siglo XXI.

**Laclau Ernesto** (2005) *La razón populista* Fondo de Cultura Económica de Argentina, Primera edición.

**Laclau Ernesto y Mouffe Chantal** (1987) *Hegemonía y estrategia socialista-hacia una radicalización de la democracia* España: Siglo XXI

**Melucci, Alberto** (1995) *El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos*. En revista "Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana" México, año 10, nº28.

**Melucci, Alberto** (1999) *Los movimientos sociales en la sociedad contemporánea*. México, Colegio de México.

**Nun, José (2000)** *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos*. México, FCE.

**Olesker, Daniel** (2004) *Crecimiento y Exclusión: Nacimiento consolidación y crisis del modelo de acumulación capitalista en Uruguay (1968-2000)* Trilce.

**Portantiero, Juan Carlos (2002)** *La crisis política Argentina en el marco de la globalización* en Fazio , Horacio: "La política en discusión". Buenos Aires, Manantial.

**Rieiro, Anabel** (2009) *Gestión obrera y acciones colectivas en el mundo del trabajo: empresas recuperadas por sus trabajadores en Uruguay*. Tesis de Maestría no publicada.

**Rosanvallon, Pierre** (2007) *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires, Manantial.